

Los Culpables

Esbozo dramático en tres actos

por

José Ricardo Morales

PERSONAJES:

- El Coronel Jefe de Plaza, Mateo Arganda, 32 años.
- El Delegado de Orden Público, Luis Pardo, 31 años.
- Gonzalito, Gonzalo Martín, 55 años.
- El Capitán Ayudante, 35 años.
- La Mujer, María Garcés, 30 años.

La acción tiene lugar en la ciudad principal de un distrito minero, en un país imaginable. Año 1944.

Despacho del Jefe de Plaza, dispuesto en el edificio de la cárcel pública. Dos puertas; la de la izquierda comunica con el mundo exterior, mientras que la opuesta da paso a la vida reclusa. Una ventana al fondo. Mesa con teléfono. Sillas. Archivadores. El conjunto ha de ser escueto y desnudo, de extrema nitidez.

ACTO PRIMERO

En escena el Coronel Jefe de Plaza, sentado en su escritorio, y el Delegado de Orden Público. Este se desplaza nerviosamente de un lado a otro de la sala.

EL JEFE.—Bueno, Luis, acaba de una vez.

EL DELEGADO.—¿De qué?

EL JEFE.—De andar, hombre; de andar. Tú te paseas los problemas.

EL DELEGADO.—Dándoles muchas vueltas, concluyen por ceder. Es mi manera de dominarlos.

EL JEFE.—Así se explica tu larga caminata. La misma que emprendías allá en la vieja Facultad, a la puerta del aula, en espera del inefable "Ramonotus Mercator". ¿Te acuerdas del glorioso maestro? (Imi-

tándolo). "Señores, la mayor dificultad que tienen los geógrafos es no poder representar la Tierra en tamaño natural". (*Dirigiéndose al Delegado*). "Señor Pardo, ¿qué son círculos máximos?"

EL DELEGADO.—Los que tienen trescientos sesenta grados.

EL JEFE.—"¡Ese es el concepto!"

EL DELEGADO.—"Señor Arganda, ¿cómo se llaman los restantes?"

EL JEFE.—(*Se levanta*). Círculos menores. Son los que tienen menos de trescientos sesenta grados.

EL DELEGADO.—"¡Sobresaliente!"

EL JEFE.—¡Y me lo dio! ¿Recuerdas cómo lo celebramos? No encontré mejor nota para calificar mi tan sobresaliente como prominente ignorancia. Esa nota gloriosa se merece el himno. (*Canta por lo bajo y le acompaña el Delegado*).

"Colón fue un hombre
de gran renombre,
que descubrió
un mundo nuevo..."

(*Interrumpe la canción con un gesto*). Poco serio, señor Delegado de Orden Público. (*Se ríe*). Si te vieran las turbas... (*Cambia*). ¡Quién iba a decirme a mí que aquel aguilucho de Luis Pardo había de llegar a convertirse en este Delegado de Orden Público, pleno de autoridad!

EL DELEGADO.—La escasa que me deja el Coronel Jefe de Plaza, don Mateo Arganda.

EL JEFE.—(*Recita*).

"Mateo, Mateo
no te afeites el bigote
que está feo".

EL DELEGADO.—Muy poco serio, señor Jefe de Plaza. (*Vuelve a su aire preocupado*).

EL JEFE.—Más humor, hombre. Hay tiempo para todo. (*Un silencio*). Bien, si te empeñas, volvamos al rompecabezas. ¿Qué resolviste durante el paseo?

EL DELEGADO.—Nada. O casi nada. Creo que debemos pensarlo dos veces.

EL JEFE.—¡Ni dos ni media!

EL DELEGADO.—Si te parece poco el problemazo...

EL JEFE.—Por eso. Porque me parece grave no hay que pensarlo.

EL DELEGADO.—Buena ocurrencia...

EL JEFE.—¡No hay que pensarlo, hay que resolverlo! ¡Y la manera de resolverlo es no pensarlo!

EL DELEGADO.—¿Cómo se entiende?

EL JEFE.—Así. Como acabas de oír. En cuanto te detengas a estimar todos los puntos de un embrollo, estás perdido; no tendrá solución. Aún más, hay quienes consideran los infinitos aspectos de cualquier asunto porque no se deciden a resolverlo. Mi sistema es contrario. Adopta la decisión que se te antoje, la llevas hasta el fin y nada más. La solución es plenamente tuya. Tan tuya que hasta puede carecer de relación con el conflicto. Para mí, la solución auténtica es aquella que destruye el problema.

EL DELEGADO.—Pero es absurdo.

EL JEFE.—En apariencia. ¿Tú crees que allá en el frente íbamos a decirle al enemigo: "Deténgase. No ataque hasta que considere todos los puntos de la nueva situación"? Nada de eso. El problema era el enemigo y no los muchos que nos ocasionaba. Teníamos que acabar con él. Así se terminaban los problemas.

EL DELEGADO.—Pero ahora es muy distinto.

EL JEFE.—De ningún modo. Es idéntico. Y eso sí que me parece absurdo: que nuestra situación continúe igual, una vez terminada la guerra civil. El territorio nacional es nuestro. Muy bien. Somos los vencedores. Perfectamente. Pero seguimos en campaña. Inventamos aquello de la quinta columna: hoy la sufrimos. El enemigo ya no queda enfrente; ahora lo tenemos en torno. Y el golpe viene cuando nadie lo espera. ¿Crees que dispuse mi lugar de trabajo aquí, en la cárcel pública, por un mero capricho? Ni mucho menos. Lo hice porque continuamos la batalla. Y por la cárcel pasa la primera línea.

EL DELEGADO.—Sin embargo...

EL JEFE.—No hay objeciones. Cualquier delito, de la índole que sea, tiene un sesgo político, pues dificulta nuestro nuevo orden. El robo, el fraude, el dolo, son delitos políticos. La vida no es más que política y esa política no es más que la nuestra: la que impusimos, la que nos da la mismísima gana.

EL DELEGADO.—Visto así...

EL JEFE.—¿Cómo se puede ver?

EL DELEGADO.—Con algunos reparos. Con bastantes enmiendas y hasta con los escrúpulos debidos.

EL JEFE.—Escrúpulos. Hablas como los viejos. ¡Escrúpulos! Si el régimen antiguo se acabó, fue porque tuvo escrúpulos; hacia nosotros, hacia las normas y los tratados. Y si ganamos la guerra civil fue debido a que nadie de los nuestros reparó en minucias: esa es la pura y santa verdad. Desde los jefes que prescindieron de la palabra dada, alzándose contra el pasado régimen, hasta quienes huimos del campo contrario, ninguno se detuvo en pequeñeces. Tú piensa lo que quieras, pero si no hubo escrúpulos fue por aquello que,

- ciertamente, estaba sobre todo: la victoria. Ahora debemos mantenerla con el rigor más absoluto.
- EL DELEGADO.—Con el mismo cuidado y semejantes precauciones, nuestros queridos enemigos nos han metido en un atolladero.
- EL JEFE.—Pero es el último. Recuérdalo. Me lo tengo propuesto.
- EL DELEGADO.—No depende de ti. Ni de mí. Ni de nadie. ¿Qué has encontrado en todas tus pesquisas? Nada. Absolutamente nada. Tampoco yo. En esta tierra nadie abrirá la boca. Son como el pedernal.
- EL JEFE.—Precisamente. Y como son así de duros, ya les tengo el antidoto. A tal señor, tal honor.
- EL DELEGADO.—¿Qué te propones?
- EL JEFE.—Resolver el problema. Y a mi modo. Antes que tú llegaras, inundaron la mina "Madriguera". Adoptamos el procedimiento habitual: veinte mineros de rehenes. Después, como nadie cantó, eliminamos a unos cuantos. De inmediato, saltaba la central del Pasiego. Más rehenes, más ejecuciones y nuevos sabotajes. Pruebas, ninguna. Culpables, ninguno. Luego, el atentado que te hizo venir: los cuatro muertos y toda la historia. Pero esto se acabó. Estoy dispuesto a resolverlo.
- EL DELEGADO.—La solución... mañana.
- EL JEFE.—No. De inmediato. Olvida tus displicentes reticencias. La solución es mía. La tengo a mano y la impondré. (*Marca un número en el teléfono*). Le habla el coronel Arganda. Cumplan las órdenes. (*Silencio*). Quedo a la espera. (*Silencio*). Sí. En seguida. (*Cuelga*). El señor Delegado de Orden Público no ignora que en las imágenes tradicionales, la Justicia blande una espada...
- EL DELEGADO.—Es una dama que corta y pesa exactamente... con los ojos vendados. A lo mejor, le disgusta saber qué corta y pesa.
- EL JEFE.—Por la espada que empuña, la Justicia, en su sentido más auténtico, es militar. Así, nuestra justicia, en cuanto militar, cumple su verdadera condición: es la justicia de los vencedores. Si no, ¿para qué dimos tan penosa lucha?
- EL DELEGADO.—Hubo muchas razones. Entre ellas, algunas de principio.
- EL JEFE.—La guerra se hizo para ganarla. Y ganamos la guerra para lograr todo el poder. El resto, incluidos principios o ideales, no fue más que aderezo secundario: los pretextos. Pura retórica y ornamentación.
- EL DELEGADO.—Has cambiado. Antes pensabas de muy otra manera.
- EL JEFE.—Desde luego. Has dicho "antes". Y es que antes de la guerra sólo teníamos pretextos. Ahora tenemos mucho más: tenemos resultados, los que nos brinda la victoria. Hoy poseemos todo el poder.

Pero ¿de qué te sirve todo el poder si no lo ejerces plenamente? No basta conquistarlo, hay que imponerlo.

EL DELEGADO.—Y eso ¿tiene mucho que ver con el problema?

EL JEFE.—Tanto, que lo resuelve. (*Suena el teléfono. Lo descuelga y habla*). A sus órdenes, mi general. (*Silencio*). Está todo dispuesto. (*Silencio*). Dentro de una hora. (*Silencio*). Yo se lo comunicaré. (*Silencio*). A sus órdenes, mi general. (*Cuelga. Al Delegado*). Decía que el poder hay que ejercerlo plenamente. Por ello, nuestro poder y nuestra justicia son militares. Y cuando en ocasiones como ésta es imposible hallar a los culpables de violencias y atentados, disponemos de medios que el poder y la justicia militares nos otorgan.

EL DELEGADO.—¿Cuáles?

EL JEFE.—Se pueden resumir de esta manera: si no encuentras culpables, los inventas.

EL DELEGADO.—¿Hablas en serio?

EL JEFE.—¿Qué duda cabe? Perfectamente en serio. He de hacer uso del poder que tengo. No vamos a perder nuestro prestigio por cien dinamiteros primitivos y varios cabecillas que se dediquen a desconcertarnos. Mal que bien, y aunque no lo parezca, hay opinión que, si de nada opina, suele hablar de estas cosas como del fútbol o de toros.

EL DELEGADO.—Todas esas presiones no justifican el procedimiento.

EL JEFE.—Respondo a la violencia con violencia. Los terroristas nos llevaron a ese terreno.

EL DELEGADO.—Los terroristas sí, pero los inocentes no van a ser tratados como aquéllos merecen.

EL JEFE.—Recuerda bien que en esta zona son todos cómplices. Ni uno solo se libra. Además, ten presente a la temible hidra de cinco mil cabezas que reclama culpables: la superioridad. Acuérdate de cómo rugen y aprieta sus anillos si no se los entregas. En ese caso, hasta es capaz de convertirte en víctima. Ya lo sabes, para librarte de sus iras queda un solo camino: cuando no halles culpables, los fabricas.

EL DELEGADO.—Yo me niego. Eso es contrario a toda norma.

EL JEFE.—Reapareció el sensato, delicado y juicioso funcionario.

EL DELEGADO.—Me niego y nada más.

EL JEFE.—Eres muy dueño. Pero ¿sabes por qué llamó la superioridad?

EL DELEGADO.—Supongo que reclama su ración de culpables.

EL JEFE.—No. Me urgió a que adopte ciertas medidas que le propuse hace unos días. La superioridad acepta desde ayer que invente un cabecilla y lo detenga. Me dio plenos poderes.

EL DELEGADO.—Es increíble.

EL JEFE.—Tus comentarios parece ser que sobran. Todo se halla dispuesto.

- EL DELEGADO.—¿Y qué has pensado hacer?
- EL JEFE.—Recurrir al azar.
- EL DELEGADO.—¿Estás en tus cabales?
- EL JEFE.—Desde luego. Así evitamos la consabida delación por odio entre vecinos o por inquinas personales. En un lugar en donde todos son encubridores, son todos igualmente culpables. ¿Por qué los vamos a escoger nosotros? Que el azar los elija.
- EL DELEGADO.—No veo cómo el azar puede contribuir a la justicia.
- EL JEFE.—En este instante para en la Plaza Mayor el autobús que viene de la capital. El último viajero que descienda, quienquiera sea, quedará detenido. Para ello hablé hace un rato con los agentes. Dentro de poco lo tendremos aquí. Todas las pruebas de la subversión están confeccionadas de antemano. Mañana, los periódicos difundirán con profusión de datos, detalles del supuesto complot. Iniciaremos una nueva redada, esta vez con absoluta justificación. Nadie se atreverá a objetarnos nada. Apretaremos de lo lindo. Alguien caerá.
- EL DELEGADO.—Pero yo quedo al margen.
- EL JEFE.—No. Tú estás incluido. Tú colaborarás. Si no ¿a qué te mandaron?
- EL DELEGADO.—He dicho que protesto y que me niego.
- EL JEFE.—¿De qué te sirve? Olvidas que la superioridad está conforme . . .
- EL DELEGADO.—Es una farsa absurda. Peor: es una falsificación horrenda.
- EL JEFE.—Es una farsa y es absurda. Y es una falsificación. De acuerdo. Pero es una medida necesaria. Por lo tanto, no cabe discutirla. Se acata, simplemente. Voy a comunicarte con el jefe. El te refrendará de viva voz cuanto acabas de oirme. *(Coge el teléfono. Marca un número)*. Con la jefatura provincial. Sí, de inmediato. *(Una pausa)*. A sus órdenes, mi general. Le habla el coronel Arganda. *(Un silencio)*. Está conmigo el señor Delegado de Orden Público. Desea confirmar la "Operación Arriba". *(Cede el teléfono al Delegado)*.
- EL DELEGADO.—Sí, habla con él. *(Largo silencio, interrumpido por las habituales palabras del que acepta órdenes: Muy bien. Conforme. Perfectamente, etcétera. El Delegado cuelga el teléfono con lentitud y permanece absorto, fijo en las palabras que acaba de oír)*.
- EL JEFE.—"Señor Delegado, el proyecto se comunicó a las altas esferas, que lo acogieron con sumo interés. Espero de su patriotismo sin tacha, que preste la necesaria colaboración para obtener el fin propuesto". Algo así te dijo. Estoy seguro. No es mucha la imaginación del general. . . Pero cediste.
- EL DELEGADO.—Cedí. *(Un silencio)*.
- EL JEFE.—¿Qué más podías hacer?

EL DELEGADO.—Nada. No se puede hacer nada. Ceder y nada más.

Se entreabre la puerta de la derecha.

UNA VOZ.—Mi general.

EL DELEGADO.—(Sorprendido). ¿Quién es?

EL JEFE.—Gonzalito.

UNA VOZ.—Sí, Gonzalito. ¿Puedo pasar?

EL JEFE.—No. Cierra la puerta.

Se cierra la puerta.

EL DELEGADO.—Te llamó general. ¿Quién es?

EL JEFE.—No sé si es. Era Gonzalo Martín. Ahora no es más que Gonzalito. Un abogado que a fuerza de interrogatorios se convirtió en un niño desvalido, inocente y ausente, que vaga por los corredores. . .

EL DELEGADO.—¿Y cómo llega sin dificultad?

EL JEFE.—Sabén que lo tolero. A veces, hasta me distrae. Espero de un día a otro que lo suelten. Aquí ya no hay lugar, y menos para los perturbados.

Se entreabre la puerta.

UNA VOZ.—Mi general, ¿yo entro?

EL JEFE.—Pasa si quieres, Gonzalito.

UNA VOZ.—No, Gonzalito sale.

EL JEFE.—Bueno. Déjame hablar con el señor. Cierra la puerta. (*La puerta se cierra*). Sospechábamos de él. Se le trató como correspondía. No abrió la boca, pero quedó perdido. Si lo vieras, verías el fracaso de los procedimientos tradicionales.

Se entreabre la puerta.

GONZALITO.—¿Gonzalito sale? (*Entra*).

EL JEFE.—Gonzalito entró.

GONZALITO.—Gonzalito sale. Acabo de salir del otro cuarto.

EL JEFE.—Bien. Gonzalito sale.

GONZALITO.—No Gonzalito entró. Acabo de llegar del otro cuarto.

EL JEFE.—¿Qué deseas?

GONZALITO.—Mi general, quiero salir.

EL JEFE.—Toma la puerta y vete.

GONZALITO.—Llego siempre a otro cuarto. Sólo se sale por la puerta grande, esa que se abre al viento. (*Refiriéndose al Delegado*). ¿Un señor nuevo?

EL JEFE.—El señor Delegado de Orden Público. Salúdalo.

GONZALITO.—No. Muera el Delegado de Obras Públicas. Muera la República.

EL DELEGADO.—¿Que te hizo la República?

GONZALITO.—Amarguras.

EL DELEGADO.—¿La perdonas?

GONZALITO.—No. Nunca. (*Una pausa*). ¿Usted... es el que la trajo?

EL DELEGADO.—Yo la maté.

GONZALITO.—¿Cómo?

EL DELEGADO.—Con caña.

GONZALITO.—Bien hecho. (*Al Jefe*). Mi general, bien hecho. ¿Cuándo el entierro?

EL JEFE.—Te avisaremos.

GONZALITO.—Ese día no me pondré de luto.

EL JEFE.—Estaría feo.

GONZALITO.—¿Puedo avisarle que se murió?

EL DELEGADO.—Sin duda.

GONZALITO.—(*Coge el teléfono*). ¿Cuál es el número?

EL JEFE.—No tiene.

GONZALITO.—Quiero avisarle. Que se entere. Pero no tiene número. Lo siento. (*Cuelga el teléfono*). ¿Cuándo es el gran asalto?

EL JEFE.—¿Has preparado alguno?

GONZALITO.—Sí. Por aquella ladera. Subía con los fascistas italianos. Hacía mucho calor, mucho calor... (*Se desabrocha el cuello*). Era el asalto. (*Se tiende en el suelo*). Y de pronto aquel galgo que cruza el campo de batalla, y la liebre temblona que cae cazada por el sanguinario. Llego a las posiciones enemigas. Así, a la rastra. Allí hay un hombre solo. Sentado. Un hombre solo. Sentado. Sentado así. (*Se sienta*). No quiere huir. Me mira sin ofrecerme resistencia. Me mira. Entrega su fusil. No tiene miedo. Disparo. Se le detiene la lenta mirada. Está mirando el cielo. Lloro por él. Gonzalito está muerto. Lloro por él. (*Solloza*). Lloro por Gonzalito. Me levanto. Corro hacia donde llora Gonzalito. No lo encuentro. Me levanto... No, ya estoy levantado. Me levanto y me voy. (*Hace todo lo dicho y sale por la derecha. Cierra la puerta. Largo silencio*).
Entra el Capitán Ayudante por la puerta de la izquierda.

EL AYUDANTE.—(*Se cuadra*). Mi coronel. Nuestros agentes han detenido a una mujer. Venía de la capital. La sorprendieron con propaganda subversiva. Al parecer, es asunto importante.

EL JEFE.—Tráigala. (*El Ayudante gira sobre sí mismo, sale y cierra la puerta de la izquierda*). Una mujer...

EL DELEGADO.—No lo esperabas. ¿Vas a rectificar tu decisión?

EL JEFE.—¿Por qué? Sabes que no podemos retroceder ni un paso. Pensaba en la sorpresa que me jugó el azar: una mujer...
Entra por la izquierda la Mujer. Viene esposada. La sigue el Ayudante.

EL AYUDANTE.—Se resistió. Han debido esposarla. Aquí vienen las pruebas. (*Las deposita sobre la mesa*).

EL JEFE.—(*Acercándose*). Un pan. Una pistola. Hojas impresas. ¿Y esto?

Ah, un mensaje cifrado. (*Dirigiéndose a la inculpada*) ¿Su nombre?

LA MUJER.—Constará en algún lado.

EL JEFE.—¿Edad?

LA MUJER.—Esta que tengo.

EL JEFE.—¿Domicilio?

LA MUJER.—En donde habito.

EL JEFE.—¿Trabaja?

LA MUJER.—En donde puedo. Como los que no son funcionarios.

EL JEFE.—¿Tiene parientes?

LA MUJER.—Use sus medios para conocerlo.

EL JEFE.—¿A qué partido perteneció?

LA MUJER.—Me pertenezco.

EL JEFE.—Veo que no desea responder.

LA MUJER.—He contestado, una por una, todas sus preguntas. Quizá no respondí muy a su gusto y eso le mueve a suponer que no respondo.

EL JEFE.—¿En qué organización milita?

LA MUJER.—¿Militar? No. Nada militar.

EL JEFE.—Y esas octavillas, y el arma y el texto cifrado ¿no representan una posición?

LA MUJER.—Sí.

EL JEFE.—Al fin se aviene a sensatez. ¿Reconoce que representan una posición?

LA MUJER.—Sí.

EL JEFE.—¿Cuál?

LA MUJER.—La de ustedes.

EL JEFE.—¿Cómo es eso?

LA MUJER.—Representan la posición de ustedes. La oficial.

EL JEFE.—¿Qué debo suponer?

LA MUJER.—No suponga. Es mejor escucharme. Digo, sencillamente, que las octavillas, el arma y los papeles en clave representan la posición del régimen. Son obra del régimen.

EL JEFE.—O sea que el gobierno difunde propaganda subversiva...

LA MUJER.—Al parecer.

EL JEFE.—Y usted, en este caso, es un agente del gobierno...

LA MUJER.—Ni lo soy ni lo seré jamás.

EL JEFE.—Entonces, ¿reconoce que está contra nosotros?

LA MUJER.—Si yo estoy contra el mal y el mal está en el régimen, estaré contra el régimen.

EL JEFE.—Hace alardes en vano.

LA MUJER.—Empiezo a defenderme. Simplemente.

EL JEFE.—Usted llegó esta tarde.

LA MUJER.—Sí.

EL JEFE.—En el autobús de las cuatro.

LA MUJER.—Sí.

EL JEFE.—Bajó, la sorprendieron dos agentes y quedó detenida.

LA MUJER.—Al bajar, me ayudaron muy corteses. Depositaron en mi bolso un pan y algunas hojas subversivas. Ahí se encuentran. (*Alude a la mesa*). De inmediato “descubrieron” las hojas. Luego abrieron el pan. El arma y los documentos en clave iban dentro del pan, envueltos en papel metálico. Me detuvieron.

EL JEFE.—Es una buena fábula. Su insuperable imaginación ¿exige, además, que la creamos?

LA MUJER.—Cuento los hechos. Nada más.

EL JEFE.—De manera que la policía se dedica a dejar propaganda y medios subversivos sobre sus inocentes víctimas...

LA MUJER.—Usted lo ha dicho. Pero no sólo usted. Yo también lo grité a los cuatro vientos. Así que somos dos. Usted y yo. Pero le llevo alguna ventaja. Yo no sólo grité. Me rebelé y traté de huir.

EL JEFE.—Porque usted es inocente...

LA MUJER.—Desde luego. Porque lo soy.

EL JEFE.—¿De cuándo acá los inocentes tratan de huir como culpables?

LA MUJER.—Frente a los métodos en uso no queda sino huir o combatirlos. Y en cuanto a la inocencia, no soy tan inocente de creer que me detengan con arbitrariedad pero sin intención...

EL JEFE.—Así que distribuye literatura clandestina, oculta un arma, intenta evadirse y, por si fuera poco, atribuye intenciones a la policía.

LA MUJER.—No he dicho nada que no sea verdad.

EL JEFE.—¿A quién estaba dirigido el documento en clave?

LA MUJER.—Por lo visto, a usted mismo.

EL JEFE.—¡Basta ya de absurdos!

LA MUJER.—En circunstancias tan insólitas, quizá lo razonable sea el absurdo. Si quiere, para mostrarse razonable o absurdo, me deja en libertad...

EL JEFE.—Es el colmo. (*Al Delegado y al Ayudante*). Ustedes son testigos. Incluso me acusó de ser destinatario de un texto cifrado.

LA MUJER.—Si no es usted, será otro equivalente. Yo no tengo sabuesos a mi servicio. Mándeles que averigüen. Que le informen si el texto como el arma le estaban destinados.

EL JEFE.—¿No quiere comprender que sus desplantes agravan más la situación?

LA MUJER.—Ignoro qué más de grave puede sucederme.

EL JEFE.—Desde luego. Todo se halla en su contra. Cuanto ha dicho, más la manera en que fue dicho, más lo que no fue dicho, pues nos ocul-

ta información, todo esto acusa decididamente su culpabilidad. Quizá no quepa más que recoger ciertos antecedentes y convocar el consejo de guerra. Si quiere añadir algo...

LA MUJER.—Sí. Que rechazo sus imputaciones. Y con ellas rechazo a quienes pueden convertir al inocente en víctima. Los miles de inocentes o de víctimas que hayan sufrido mi destino, hablan por esta boca. Tal vez mañana les hablaré por otra y de muy otra manera. Pero hablaremos. Ténganlo por seguro. Hablaremos y no sólo hablaremos.

UNA VOZ.—(Desde la puerta de la derecha). María Garcés... (La Mujer se vuelve hacia la puerta, sorprendida).

GONZALITO.—(Entra por la derecha. Sin mirar a nadie). María Garcés. Pobre María Garcés. Diez años. La veo correr por la calle del Arco.

MARÍA GARCÉS.—¿Es el señor Martín?

GONZALITO.—No, Gonzalito. Me llamo Gonzalito.

MARÍA GARCÉS.—(Al Jefe). ¿Qué han hecho de él? Está irreconocible... ¿No divulgaron que había cruzado la frontera?

GONZALITO.—Pobre María Garcés, el tierno animalillo que juega por la calle del Arco, liebre inocente que cruza el campo de batalla, la fácil presa del perro carnicero. (Aúlla muy débilmente). ¿Lo oyen? No. No es posible. Ese perro no aúlla. Y menos por sus víctimas. (Queda a la escucha de algo que no se oye).

TELON

Fin del primer acto.

ACTO SEGUNDO

Gonzalito está sentado en una silla, frente al público, con los brazos y el pecho apoyados contra el respaldo del asiento. Detrás de Gonzalito, el Ayudante clasifica papeles sobre la mesa. Dialogan sin mirarse y a media voz.

EL AYUDANTE.—Acabo de confirmarlo.

GONZALITO.—¿Hay seguridad?

EL AYUDANTE.—Sí. Se recibió autorización escrita. El general nos dijo que te libran mañana. Van a sacarte de noche, sin que nadie lo sepa. Se te llevan al sur. ¿Tienes allí parientes?

GONZALITO.—Sí. Una hermana. Sobrinos.

EL AYUDANTE.—Desean alejarte de estos lugares. Quedarás entre los tuyos con orden de que nadie te vea en público. Inventarán cualquier historia. Amnesia o cosa parecida. Dirán que te encontraron cuando vagabas sin razón por un sembrado. Te recomendarán reposo y soledad.

GONZALITO.—Reposo y soledad. Por variar. ¿Tienes certeza?

EL AYUDANTE.—De todo eso se habló. Quieren soltarte antes de que se inicie el consejo de guerra. Están hartos de ti.

GONZALITO.—Trabajo me costó aburrirlos. Cada vez me resultaba más difícil inventar situaciones delirantes y hablar con incoherencia. Claro que una vez puesto, me costaba cada vez menos... Bien; abreviemos. ¿Quedó informada María Garcés de la misión que le asignamos?

EL AYUDANTE.—Por completo. Sabe muy bien que no tiene salida.

GONZALITO.—Entonces, ¿acepta como tuyas mis acciones?

EL AYUDANTE.—Sólo lamenta no haberlas efectuado realmente. Ya que no tuvo papel antes, desea tenerlo aquí.

GONZALITO.—Si sucediera lo peor, ¿se encuentran preparados los de fuera?

EL AYUDANTE.—Están dispuestos.

Larga pausa.

GONZALITO.—¿Sabes que ahora me viene cierta tristeza?

EL AYUDANTE.—¿De qué?

GONZALITO.—De alejarme. Preferiría seguir encerrado. Mi labor es muy útil. Tal vez sea el único que salga y eche de menos estos muros. A lo mejor, cualquier día vuelvo.

EL AYUDANTE.—No te lo deseo. (*Cambia. Muy rápido*). ¡Gonzalito, desaparece! ¡Déjame en paz!

GONZALITO.—(*Sin variar de posición, usa la silla de manera que represente un caballo y hace como si galopara*). Arre, arre. Caballo, corre, corre. Arre, arre. Caballo, galopa, galopa...

EL JEFE.—(*Entra por la izquierda*). ¿Hasta cuándo fastidias, Gonzalito?

GONZALITO.—(*Desde el supuesto caballo*). Mi general. (*Hace el saludo militar*). Este caballo no se cuadra. Es un animal. Ahí lo tiene; enfermo de la rana derecha delantera de tanto dar la mano. Enamorado del paisaje y de las aguas transparentes. Delicado de estómago a fuerza de trotar de noche. Se le nota, ¿verdad? A pesar de sus vicios, ¿le gusta mi jamelgo?

EL JEFE.—Sal, Gonzalito. Este señor y yo hemos de trabajar.

GONZALITO.—(*Poniéndose de pie*). ¿Le ayuda el señor ayudante?

EL JEFE.—Me ayuda. Vete al patio y toma un poco de sol.

GONZALITO.—El sol es amarillo y el patio cuadrado. Nuestro patio con sol es amarillo cuadrado.

EL JEFE.—Bueno, Gonzalito. (*Lo conduce despacio hacia la puerta derecha*).

GONZALITO.—Como el sol es redondo y el patio cuadrado, ese patio con sol es cuadrado redondo. ¡Ahí se encuentra resuelta la insoluble cuadratura del círculo!

EL JEFE.—Adiós. Ya nos veremos.

GONZALITO.—(*Desde la puerta de la derecha*). Ese patio con sol me iluminó. Hice un descubrimiento portentoso. Adiós. Lo guardaré en secreto. (*Sale. Cierra la puerta*).

EL JEFE.—¿Están completos los antecedentes?

EL AYUDANTE.—He reunido los últimos. El resultado del registro en el domicilio de la inculpada María Garcés. Aquí tenemos el inventario del material hallado: armas, imprenta, etcétera, etcétera.

EL JEFE.—¿Llamó la prensa?

EL AYUDANTE.—Sí. He remitido las fotografías y una somera información... de aquello que debemos informar.

EL JEFE.—¿Y el tribunal?

EL AYUDANTE.—Se reunieron todos sus miembros. Creo que estudian el atestado. Y especialmente ese mensaje en clave de María Garcés.

EL JEFE.—¿Les puso vigilancia al puente y al embalse amenazados?

EL AYUDANTE.—Designé guardia fija. En la represa está el teniente Gómez. En el puente, el alférez Santillana.

EL JEFE.—¿Y el Delegado? ¿Dónde se encuentra el Delegado?

EL AYUDANTE.—Prosigue sus pesquisas. Salió temprano fuera de la ciudad.

- Le acompañaban varios agentes. Hay, además, algo importante. Llegó una petición de la inculpada. Quiere hablar con usted antes de que se inicie el consejo de guerra.
- EL JEFE.—¿Conmigo?
- EL AYUDANTE.—Sí. Según dijo, tiene cosas urgentes que comunicarle.
- EL JEFE.—No me parece regular. Y menos en estas circunstancias.
- EL AYUDANTE.—Nada se pierde. Yo, en su lugar, la llamaría. Si ofrece información...
- EL JEFE.—Tengo mis dudas. (*Vacila un momento*). En fin, veamos. (*Toma el teléfono*). Al habla el coronel Arganda. Traigan a mi despacho a la reclusa María Garcés. (*Un silencio*). En seguida. (*Cuelga el auricular*).
- EL AYUDANTE.—Parece ser que regresaron pocos supervivientes de nuestra división. La que luchó en el frente oriental.
- EL JEFE.—Historias.
- EL AYUDANTE.—Eso es lo que se dice.
- EL JEFE.—La prensa no sabe qué inventar.
- EL AYUDANTE.—¿Cómo lo va a inventar la prensa, si la censura no deja pasar nada? (*Pausa breve*). ¿Es verdad ese asunto del atentado?
- EL JEFE.—¿A qué atentado se refiere?
- EL AYUDANTE.—Hubo uno contra el *führer*.
- EL JEFE.—No sé de dónde sacó eso.
- EL AYUDANTE.—Algo dijeron los oficiales que preparan el juicio. (*Un silencio*). ¿Qué nos ocurriría si cayeran los gobiernos afines?
- EL JEFE.—Nada. Hemos de estar seguros.
- EL AYUDANTE.—Entonces, basta con tener fe...
- EL JEFE.—Ni siquiera. Con tener claridad es suficiente. Nosotros no hemos participado en la guerra general. Nominalmente somos neutrales.
- EL AYUDANTE.—Sin embargo, nuestros procedimientos representan a un bando. Y también el sistema. Para que nada falte, hasta el saludo es parecido.
- EL JEFE.—Pero los intereses son distintos. Siempre nos salvarán los intereses.
- EL AYUDANTE.—¿Qué intereses? ¿Los nuestros?
- EL JEFE.—No. Los del mundo entero. Aunque pierdan la guerra las potencias del Eje, cuando llegue la hora de firmar los tratados, a lo sumo, seremos condenados de palabra. De hecho y con el tiempo, se nos ayudará.
- EL AYUDANTE.—¿Usted lo cree?

EL JEFE.—Sin duda. Todos buscarán influencia. Nos bastará con ser afectos a todos; es decir, a ninguno.

EL AYUDANTE.—Esa es una política eficaz.

EL JEFE.—Esa es política. Ganar y mantenerse. Nunca hubo otra desde que el mundo es mundo. *(Se abre la puerta de la derecha. Entra María Garcés)*. Siéntese. *(La reclusa obedece. Queda frente a los espectadores en la silla que abandonó Gonzalito)*. María Garcés Llanea. Treinta años. Soltera. Domiciliada en la calle del Arco, número diecisiete. Estudió cuatro años de Derecho. Sin parientes. Sus padres fallecieron en el bombardeo de marzo.

MARÍA GARCÉS.—El bombardeo alemán.

EL JEFE.—Su prometido cayó en el frente del norte, el dieciocho de agosto de 1937...

MARÍA GARCÉS.—Contra los italianos.

EL JEFE.—Contra nosotros.

MARÍA GARCÉS.—Si usted lo dice...

EL JEFE.—Fuimos todos uno.

MARÍA GARCÉS.—Aun siguen siéndolo.

EL JEFE.—Si usted lo dice... Leí su filiación. ¿Está conforme?

MARÍA GARCÉS.—Punto por punto.

EL JEFE.—De poco le valió negarla.

MARÍA GARCÉS.—Quise negarles lo que soy para poder negarme a lo que son.

EL JEFE.—¿Ya no lo niega?

MARÍA GARCÉS.—Porque ya no soy nada. Soy sólo aquello que dispongan.

EL JEFE.—Entiendo que desea cooperar.

MARÍA GARCÉS.—Puesto que nada soy, ni participo ni rechazo. Acepto, simplemente acepto.

EL JEFE.—¿El qué?

MARÍA GARCÉS.—Acepto a la que hicieron de mí. Acepto haber llevado un arma, mensajes en clave y propaganda clandestina. Acepto haber ocultado un arsenal. Acepto aquello que hasta ahora negué. Si usted quiere, le firmo de inmediato mi declaración. De tal modo, en el consejo de guerra me bastará con decir sí.

EL JEFE.—Porque las pruebas fueron concluyentes...

MARÍA GARCÉS.—No. Acepto a esa María Garcés ficticia, no por las pruebas, que son falsas, sino porque me identifico plenamente con ese personaje que inventaron. Cuando se puede convertir impunemente al inocente en un culpable, está justificado portar armas y difundir la rebelión. Acepto a esa María Garcés que han fabricado porque la imaginaron sediciosa y rebelde. *(Se levanta)*.

EL JEFE.—Esto es lo que quería comunicarme...

MARÍA GARCÉS.—Sí. Que acepto ser un personaje subversivo, porque así puedo alzarme contra quienes hacen de las personas objetos que se usan con arbitrariedad. María Garcés, la delincuente por quien me acusaron, la insumisa y violenta, me representa por entero: ella es la que yo hubiera querido ser.

EL JEFE.—Entonces vino a comunicarme que sus aspiraciones corresponden a cuanto hizo en persona y que acepta el papel que efectivamente desempeñó. Para esto no mereció la pena molestarse.

MARÍA GARCÉS.—Hay más. Y, desde luego, mucho más importante.

EL JEFE.—Concluyamos.

MARÍA GARCÉS.—Tal vez usted no crea en el azar.

EL JEFE.—Sin el azar yo no estaría donde me ve. Más de una vez libré mis huesos por soberana y pura casualidad.

MARÍA GARCÉS.—Pues bien, vine a decirle que el azar le puso en el camino verdadero.

EL JEFE.—¿Por azar cometió los delitos que la acusan?

MARÍA GARCÉS.—No. Por azar encontraron a la persona que buscaban.

EL JEFE.—¿Y esa es usted?

MARÍA GARCÉS.—Sin duda.

EL JEFE.—Y yo debo creerlo.

MARÍA GARCÉS.—Puede hacer lo que quiera.

EL JEFE.—Aunque le diga que no busqué a persona alguna...

MARÍA GARCÉS.—Pero encontró. Ya que encontró lo que no busca, hemos de atribuírselo al azar.

EL JEFE.—Sepamos qué le debo a ese señor...

MARÍA GARCÉS.—Por su buena fortuna, descubrió a quien puede brindar le referencias de los tres atentados. Y eso porque me atribuyeron actos que nunca cometí.

EL JEFE.—(Irónico). De manera que usted, llena de gentileza, viene y ofrece información a la vez que no quiere colaborar... ¿No le parece incongruente?

MARÍA GARCÉS.—Visto así, desde luego. Propuesto como mi contribución a un mundo que rechazo, resulta incomprensible. Pero no colaboro.

EL JEFE.—Entonces, ¿qué se propone? ¿Qué aceptemos cándidamente todas sus inconsecuencias?

MARÍA GARCÉS.—No me propongo colaborar, sino quedar en paz conmigo. Por el sosiego de mi conciencia le diré cuanto sé.

EL JEFE.—Cuestión de escrúpulos.

MARÍA GARCÉS.—Nada más. Quiero evitar que sufran más inocentes.

EL JEFE.—Rechazo sus razones. Son falsas.

MARÍA GARCÉS.—No hay otras.

EL JEFE.—Son absolutamente gratuitas.

MARÍA GARCÉS.—En ese caso, entiendo que con ellas rechaza mis informaciones. (*Un silencio*). Regresaré a mi celda.

EL JEFE.—(*Reflexiona*). Si quiere, llamaré al auditor. Confiese usted ante él. Hable a su gusto.

MARÍA GARCÉS.—De ningún modo. Cuanto declare ante los funcionarios militares del consejo de guerra, será cosa sabida. Todo estará resuelto de antemano. Esa es mi decisión. En la farsa del juicio sumarísimo efectuaremos aquí el ensayo general. Si no es así, ese juicio no se celebrará en ninguna parte. Me arrancarán el alma, pero ni una palabra. Lo dicho: mis condiciones a cambio de mi información.

EL JEFE.—(*Después de vacilar*). Empiece, pues, la farsa.

MARÍA GARCÉS.—Todavía no. Falta una condición. Declararé ante el juez que yo designe. Sólo ante él.

EL JEFE.—Pero es inconcebible. Usted no puede proponerme nuevas trabas.

MARÍA GARCÉS.—Entonces, déjeme en soledad. Denunciaré que usted no quiso recibir informaciones. Y cuando esto suceda, ya será tarde. No le diré ni una palabra más.

EL JEFE.—¿Ante qué juez desea declarar?

MARÍA GARCÉS.—Se llama don Gonzalo Martín. Era el juez del distrito.

EL JEFE.—Imposible.

MARÍA GARCÉS.—Como usted quiera.

EL JEFE.—Pero ese hombre nada dice de cuerdo...

MARÍA GARCÉS.—Sólo hablaré ante un inocente. Deseo confiarme al ser más limpio. Después, aquello que confiese, úselo a voluntad. Transmítalo, archívelo, júzguelo, haga cuanto le venga en gana. Ya no me importará. No será mío.

EL JEFE.—Si es así... (*Reflexiona. Al Ayudante*). Traígame a Gonzalito.

EL AYUDANTE.—A sus órdenes. (*Sale por la derecha*).

Un silencio.

MARÍA GARCÉS.—No me explico sus miedos.

EL JEFE.—(*Sorprendido*). ¿Cuáles?

MARÍA GARCÉS.—Los que trasuntan sus vacilaciones. ¿Por qué tanto cuidado y tanta precaución? Usted es el jefe de la zona.

EL JEFE.—Sí.

MARÍA GARCÉS.—Guerrero en una guerra incruenta.

EL JEFE.—Sí.

MARÍA GARCÉS.—Un hombre fuerte. Un vencedor. Hasta un valiente profesional.

EL JEFE.—A mucha honra.

MARÍA GARCÉS.—Y si lo tiene a gala, ¿por qué teme?

EL JEFE.—Nada temo. Respeto el orden existente como las jerarquías que comporta.

MARÍA GARCÉS.—Es verdad. Me olvidaba. La milicia equivale a subordinación. Tal vez a eso se deba que encontrándome presa, me halle tanto más libre que cualquiera de ustedes. (*Un silencio*). En su vida guerrera, ¿dispuso usted de muchos?

EL JEFE.—No la entiendo.

MARÍA GARCÉS.—Como es un jefe, tiene, sin duda, muchos subordinados...

EL JEFE.—Bastantes.

MARÍA GARCÉS.—... que obedecen sus órdenes.

EL JEFE.—Desde luego.

MARÍA GARCÉS.—Quizás, alguna vez, les impuso decisiones que no quedaban conforme a norma. Y ellos tuvieron que aceptarlas.

EL JEFE.—¿Qué insinúa?

MARÍA GARCÉS.—Nada. Me preocupó la libertad de los subordinados. Supongamos que usted ordene detener a cualquiera, así sea un inocente, y le atribuya males que no hizo. En ese caso, los subordinados le obedecen...

EL JEFE.—¿Alude usted a su detención?

MARÍA GARCÉS.—En absoluto. Hemos de suponer que fue legal. Le preguntaba por el papel de los subordinados... (*Un silencio*). Seguramente dispuso usted de muchas vidas o, por mirarlo de otro modo, decidió muchas muertes.

EL JEFE.—¿Qué me quiere decir?

MARÍA GARCÉS.—Pienso en su cargo. En sus responsabilidades. No debe ser muy grato su papel. En paz y en guerra tiene que haber exterminado a muchos.

EL JEFE.—Sólo he cumplido mi deber.

MARÍA GARCÉS.—Tiene razón. También me había olvidado del deber. Una palabra noble que encubre incluso lo que no se debe.

EL JEFE.—¿Quiere dejar de hablarme con doblez?

MARÍA GARCÉS.—Pero si hablo muy claro... Con absoluta rectitud. Pienso que las miserias más abominables pueden quedar justificadas en cuanto recurrimos al deber. Tal vez por ello haya tantos esclavos del deber, los voluntarios del deber, los satisfechos del deber cumplido, y así hasta el infinito...

EL JEFE.—¿A dónde quiere ir a parar?

MARÍA GARCÉS.—A ningún lado. O al lado que usted quiera. Por cumplir su deber, usted puede mandarme a donde quiera. Aunque ahora no voy a ningún lado. Espero. Simplemente, espero. aguardo la lle-

gada de mi juez. (*Un silencio*). Ayer pensaba que si existen víctimas, tal vez ocurra por falta de imaginación de los verdugos.

EL JEFE.—¿Hasta cuándo prolonga sus razones inútiles?

MARÍA GARCÉS.—Compréndame. La incomunicación forzosa me volvió locuaz. Decía que en cuanto los verdugos fueran capaces de representarse a sus ajusticiados, vivos en la vida corriente, tal vez no hubiera más ejecuciones. Quizá sea un disparate, pero lo pensé. (*Pausa breve*). ¿Usted no se figuró a ninguna víctima, puesta en la vida cotidiana, con sus pequeñas alegrías e incluso en sus posibles mezquindades?

EL JEFE.—¿Está llamándome verdugo?

MARÍA GARCÉS.—De ninguna manera. Si no lo digo por usted, ya que nada decide. ¿No es un subordinado? Y tampoco por mí, pues no soy víctima: soy, como dije, la que quiero ser. No me refiero a usted ni a mí. Hablo en el aire. De todos y ninguno.

EL JEFE.—Si quienes ejercen la justicia imaginaran tantos aspectos de los enjuiciados, terminarían trastornándose.

MARÍA GARCÉS.—Pero si lo he dicho por hablar... Por el gusto de hablar y nada más. No se confunda. Es por hablar... Ya sé que para la justicia, la víctima no pasa de ser un caso más. Y el caso es un recurso profesional que nos permite desconocer a la persona.

EL JEFE.—Así tiene que ser. Es más humano.

MARÍA GARCÉS.—Desde luego que sí. Por ello, cuando la persona se reduce a ser un mero blanco, la silueta sobre que apunta el fusilero, hemos llegado al colmo de la justicia humana y al grado extremo de la humanización. (*Silencio breve*). Por otra parte, resultaría inconcebible el diálogo del verdugo y la víctima. Supongamos que ésta le preguntara cómo vive, qué prefiere o cuántos hijos tiene... No. No es posible. Sería muy extraño... ¿Tiene usted hijos?

EL JEFE.—¿Vuelve a considerarme su verdugo?

MARÍA GARCÉS.—En absoluto. Pensaba en si le gustaría que alguien tomara uno de sus hijos y se lo convirtiera, sin más ni más, en víctima... Pero es inconcebible. No me escuche. Eso ya no sucede en nuestro tiempo. Dejémoslo. Creo que hablé con demasía. Tal vez, más adelante, continuemos el diálogo...

EL JEFE.—No veo dónde.

MARÍA GARCÉS.—Siempre hay lugar. A lo mejor, allá en el sueño. Quizás en el insomnio. Todo es posible. En sueño y en vigilia se dialoga con lo que nos invade. También puede ocurrir que mis palabras no afloren más a su recuerdo. Descuidaba que para la justicia soy sólo un caso. En fin, yo espero. Sólo espero. (*Consigno*). El tiempo, el tiempo: este latido.

- Largo silencio. Entra Gonzalito por la derecha. Le sigue el Ayudante.*
- EL JEFE.—Ven, Gonzalito. Alguien te requiere.
- GONZALITO.—Quedo a disposición de Su Excelencia.
- EL JEFE.—Te reclamaba María Garcés.
- GONZALITO.—María Garcés... (*Piensa un poco*). ¿Dónde se encontrará?
- MARÍA GARCÉS.—Aquí. Deseo declarar ante el juez del distrito, don Gonzalo Martín.
- GONZALITO.—¿Ante aquel juez? ¿Don Gonzalo Martín? ¿No huyó por la frontera?
- MARÍA GARCÉS.—Que no huya. Que aguarde, que me oiga.
- GONZALITO.—¿Se le recuerda todavía? ¿Aun consideran al hombre firme y amigable?
- MARÍA GARCÉS.—A ese hombre busco. Al claro, al justo, al recto. Sólo le pido que me escuche.
- GONZALITO.—Era su profesión. Escuchaba. Escuchaba y pensaba. ¿Hay un riesgo mayor que el de escuchar, que abrirse al que nos llama, cuando todo depende de cómo recibimos al que llama? Aquel hombre escuchaba. Escuchaba y pensaba. Si hubiera estado aquí, la escucharía. (*Se sienta*). Seguramente.
- MARÍA GARCÉS.—Entonces, en su ausencia, debo de confiarle los nombres de quienes atentaron en la mina "Madriguera". Fueron Julio Torán, Enrique Alvarez y Mariano Recalde.
- GONZALITO.—(*Alzándose*). Yo me levanto. En pie la sala. Todos murieron. (*Larga pausa*).
- MARÍA GARCÉS.—Autores de los daños en la central eléctrica: Miguel Sam Pedro y Andrés García.
- GONZALITO.—Guarden silencio. Que descansen en paz. (*Larga pausa*).
- MARÍA GARCÉS.—Autores del último atentado: Servando Trelles, Joaquín Cortal, María Garcés.
- GONZALITO.—Los dos primeros, ejecutados. En libertad María Garcés.
- MARÍA GARCÉS.—No. Detenida y confesa. (*Al Jefe*). Ahora conoce toda la verdad.
- EL JEFE.—Más bien, todas sus invenciones. Los hombres que denunció, murieron. Culpándolos de actos ajenos, encubre a los auténticos autores. ¿Hay mejor prueba de su engaño? Y aun pretende que acepte como cierta su participación en estos hechos...
- MARÍA GARCÉS.—Vaya al molino del Hondón. Allí encontrará muestras de mis actividades. Sobre la quinta hilera de sacos, aquel que se halla junto a la pared guarda los testimonios de mi acción. Vaya, compruebe. Y cuando se cerciore, admita que su hallazgo se debió al azar. Usted no me detuvo por las culpas que allí constan y que todavía rechaza... Desde luego que no.

Silencio. Reflexiona el Jefe. Se abre la puerta de la izquierda. Entra el Delegado de Orden Público.

EL DELEGADO.—*(Al Jefe. Muy alegre).* Felicítame. *(Sorprendido).*

¿Y esta reunión?

EL JEFE.—Posiblemente signifique el fin de los problemas.

EL DELEGADO.—¿Encontraste?

EL JEFE.—Al parecer.

EL DELEGADO.—También yo. ¿Qué conoces?

EL JEFE.—En el molino del Hondón...

EL DELEGADO.—Estuve en el molino del Hondón.

EL JEFE.—Sobre la quinta hilera de sacos...

EL DELEGADO.—No. Todavía no. Te anticipas. Sobre la quinta hilera de sacos iban a colocar las pruebas falsas.

EL JEFE.—¿Cuáles?

EL DELEGADO.—Tengo mejor información que tú. Las que acusaban a María Garcés. Aquellas que pensaron atribuirle. Los testimonios del atentado en que, realmente, no intervino. Quiso asumir culpas ajenas.

EL JEFE.—*(Consigno).* De modo que culpable de acciones inventadas... No es mala idea. *(Al Delegado).* ¿Cómo lo descubriste?

EL DELEGADO.—Un carcelero me dio el hilo. Después logré que hablara la molinera. Tendrá un hijo dentro de un mes. Por miedo, confesó.

EL JEFE.—Entonces, ¿quién es el verdadero autor?

EL DELEGADO.—Ahí lo tienes. ¡Quieto Gonzalito! Ni un movimiento. El bobo se pasó de listo. Sus culpas iban a ser atribuidas a María Garcés. No era malo el recurso. Y con las manos limpias, a empezar de nuevo. ¿No es así, Gonzalito? Afortunadamente, la farsa concluyó. Esperemos que la persona de Gonzalo Martín esté a la altura del personaje que inventó, del inocente Gonzalito. Para ambos caerá pronto el telón. Se acabó el juego imaginario. Ahora pondremos a prueba su entereza. Su real entereza.

TELON

Fin del segundo acto.

ACTO TERCERO

Hora temprana.

En escena el Delegado de Orden Público y el Jefe de Plaza.

EL DELEGADO.—Serénate, hombre. Ya encontraremos alguna salida.

EL JEFE.—Si parece increíble. No llego a comprender cómo lograron averiguarlo. Ahora tenemos que empezar de nuevo.

EL DELEGADO.—Paciencia.

EL JEFE.—Eso es, paciencia. Y cuando caigan los autores, volverán a la carga con otros de refresco. Por más que le doy vueltas, sigo sin explicármelo. Porque el mensaje en clave de María Garcés lo redactó el Jefe de Estado Mayor. Me dijo: “¿Contra qué atentaría usted en la zona si fuera un enemigo?”. Yo le propuse el embalse de Avilán y el puente del Caldero. Pues bien, así quedaron: punto menos que desaparecidos.

EL DELEGADO.—La culpa es tuya.

EL JEFE.—*(Se sorprende. Reflexiona un momento)*. ¡Ah, por haber sugerido esos lugares! No caía... *(Explicándole)*. Es que no estamos para bromas y menos de mal gusto.

EL DELEGADO.—Si lo digo de veras. Tú has de tener la culpa, pues retiraste los piquetes de protección.

EL JEFE.—Para estos días, y más para esta noche, necesitaba el grueso de las fuerzas aquí, junto a nosotros. ¿No era lo más sensato? Con la esperada ejecución, debía precaverme de cualquier sorpresa. Por otra parte, como las amenazas al puente y al embalse destruidos eran de invención propia, nadie iba a suponer que las cumplieran para memoria de los ajusticiados: María Garcés y Gonzalo Martín.

EL DELEGADO.—De donde se deduce que nuestros adversarios tienen más imaginación que la supuesta.

EL JEFE.—No es eso. Tienen muy buena información. Tienen más gente. Y, porque nada falte, tienen agallas. Desde hace días está cubierta la ciudad con las iniciales de María Garcés y de Gonzalo Martín. M. G. o G. M. *(Se acerca a la ventana)*. Míralas. Hasta en nuestras narices aparecen. Y si sorprendes a cualquiera escribiéndolas, te dirá que G. M. significa “gracias mil” y que M. G. son siglas de “muchas gracias”. Después, aunque te desesperes, no le sacarás de eso y perderás el tiempo en todas tus inquisiciones. Pero hay algo que tampoco entiendo: cómo llegaron a conocer la fecha de la ejecución, si la aplazamos varias veces para evitar, precisamente, que se supiera.

EL DELEGADO.—No es tan difícil de suponer. Puedes pensar que entre nosotros hay un soplón. Tú, por ejemplo.

- EL JEFE.—¡Basta de tonterías, Luis!
- EL DELEGADO.—Protesta, si quieres, aunque no hay burla en mis palabras. Cualquiera pudo ser: tú o yo, igual que tu ayudante o el sacerdote que quiso confortarlos en sus últimas horas.
- EL JEFE.—Tenía razón María Garcés.
- EL DELEGADO.—¿En qué?
- EL JEFE.—Me dijo que incomunicada y presa, se hallaba mucho más libre que nosotros, los vencedores, duramente sujetos a responsabilidad.
- EL DELEGADO.—Aún te preocupa María Garcés. . .
- EL JEFE.—En absoluto.
- EL DELEGADO.—Sin embargo, desde hace días no paras de hablar de ella. Se dijera que te pesa su recuerdo.
- EL JEFE.—No veo la razón. ¿Por qué? Si en este asunto de María Garcés yo no hice nada mío. Sólo sugerí un plan. Luego quedó aceptado como la solución más favorable. Para llevar a cabo ese proyecto, conté con el apoyo decidido de la superioridad. A ti te consta. Además, comprobamos que María Garcés mantuvo enlace con los resistentes. . .
- EL DELEGADO.—Desde luego. Sobran explicaciones. Tú lo hiciste por bien, por el bien de la causa.
- EL JEFE.—¿Realmente no fue así?
- EL DELEGADO.—Si te lo estoy diciendo. . .
- EL JEFE.—No sé. . . No sé qué estás diciendo. No sé. . . (*Pausa muy breve*). ¿O insinúas que procedí contra los intereses de nuestro movimiento?
- EL DELEGADO.—De ninguna manera.
- EL JEFE.—¿O contra esa mujer, por. . . cualquier cosa, por algo que no puedo precisar?
- EL DELEGADO.—Si nunca imaginaste que detuvieran a una mujer. . . El primer sorprendido fuiste tú.
- EL JEFE.—(*Pensativo*). Es verdad. . .
- EL DELEGADO.—Aparte de que nuestros actos carecen de importancia. Frente a la gran cadena de voluntades que nos mueve, resultan desdichables.
- EL JEFE.—También es cierto. Pero, de todos modos, eso no nos libera de considerarlos. ¿Crees que no exageraré? ¿No habré pecado por exceso de celo?
- EL DELEGADO.—En absoluto. Si cayó, incluso, el jefe terrorista.
- EL JEFE.—¿Estás seguro de que fuera el jefe? (*Un silencio*). Además, me pregunto si el hallazgo se mereció la vida de María Garcés.
- EL DELEGADO.—Seguramente.
- EL JEFE.—¡Así no me respondes!
- EL DELEGADO.—Dime de qué manera debo contestar y cumpliré a tu entero gusto.

- EL JEFE.—Ahí tienes. Nuevamente me dejas sin respuesta. Deseo conocer qué piensas de mi acción. ¿Está claro?
- EL DELEGADO.—Fue un escarmiento. . . imprescindible.
- EL JEFE.—¿Y puede sacrificarse a una persona para escarmiento de otras?
- EL DELEGADO.—Al parecer.
- EL JEFE.—¿Por qué no eres sincero? Hace días pensabas de otra forma.
- EL DELEGADO.—Si tú lo dices. . . (*Cambiando*). Bueno, ya que reclamas mi sinceridad, escucha bien: me-tie-nes-har-to.
- EL JEFE.—Naturalmente. Por lo visto es un asunto personal que ni te va ni te viene. . .
- EL DELEGADO.—Claro que importa. Sé que estás alterado por motivo de María Garcés.
- EL JEFE.—(*Muy violento*). ¡Ya te dije que no!
- EL DELEGADO.—Entonces, no te entiendo. En fin, examinemos los informes.
- EL JEFE.—Eso es. Examinemos los informes. Los informes primero. Buena manera de dejarme al margen.
- EL DELEGADO.—Si no es así. . . O, a lo mejor, tienes razón y es como dices. ¿Qué sé yo? Ya no sé nada. Termina de una vez. El tiempo apremia.
- EL JEFE.—El tiempo. . . Una abstracción, el tiempo, exige mucho más que el amigo en zozobra. Esta persona que te habla, parece ser que no te afecta.
- EL DELEGADO.—Desde luego que sí, pero tendré ocasión de ocuparme de ella.
- EL JEFE.—¿Y si te necesita en este instante? ¿Y si ésta fuera la última ocasión en que reclame ayuda?
- EL DELEGADO.—Una ocasión perdida. Ahora el problema son los terroristas.
- EL JEFE.—(*Violentísimo*). Entonces, los informes. Nada interesa más que los informes. Aquí están los primeros. Tómalos. ¡Y que se vayan a la mierda los primeros y los segundos y los terceros informes!
- EL DELEGADO.—¿Qué te pasa?
- EL JEFE.—Me pasa que en cuanto salgamos del embrollo se nos vendrá otro encima, y después otro y otro. Es para darse de cabeza contra los muros. Estamos atrapados, ¿no lo sabes? Nuestra cárcel se extiende a donde quiera que nos encontremos. (*Breve pausa*). Ahí tienes el problema de María Garcés. ¿Qué conseguimos con su ejecución? Nada. El llamado escarmiento fue, más bien, una siembra de adversarios. Las calles hiervien. Ahora está todo el mundo embravecido.
- EL DELEGADO.—Das vueltas en redondo. ¿Hasta cuándo te ocupas de María Garcés? Lo pasado, pasado. Hay que encarar otros problemas.
- EL JEFE.—Pero si son los mismos. . . Si son los que nos trajo María Garcés. . . ¿No quieres enterarte? Su nombre suena por doquiera. Busqué a un culpable y levanté a una mártir. Y, como bien se sabe, los már-

tires crecen después de muertos Muertos adquieren toda su estatura. . .
Llega el Ayudante por la izquierda. Se cuadra.

EL AYUDANTE.—Mi coronel. Acaban de encontrar estas cartas. Van dirigidas a usted, al señor Delegado y a mi persona. No se ha sabido quién las dejó. La guardia no vio a nadie.

EL JEFE.—(*Las recoge y da a cada uno la que le corresponde. Estudia la suya. Rasga el sobre. Lee.*) “Jamás olvidaremos a María Garcés. Usted tampoco”.

EL DELEGADO.—(*Después de comprobarlas.*) Idénticas. Dos copias. . . y un original: el tuyo. Ahora se atreven a las amenazas personales. Esperemos que no lleguen más lejos.

EL AYUDANTE.—He comprobado todos los sabotajes coincidentes con la ejecución: Nava, Los Tordos, Avilán y El Caldero. Hay otros dos inconfirmados: Orpina y Cordes. Fue una acción de conjunto en toda la comarca.

EL DELEGADO.—(*Extrañado.*) ¿En Orpina y en Cordes? (*Se queda pensativo.*)

EL AYUDANTE.—(*Al Delegado.*) Hubo dos explosiones. Es de temer que hayan volado el acueducto y la vía férrea. Mandé patrullas de inspección.

EL DELEGADO.—(*Consigno.*) En Orpina y en Cordes. . . (*Al Jefe.*) Creo que hay un indicio. Déjame ver. (*Sale precipitadamente.*)

EL AYUDANTE.—Comunicaron, además, que en los lugares de los atentados se pintó el nombre de María Garcés con profusión, sobre los muros. No cabe duda: asociaron su nombre a las acciones terroristas. Tanto que hasta semeja más que un nombre. Pareciera una ola que se expande y cubre por entero la región.

EL JEFE.—Usted que vio a la ajusticiada en el último trance. . .

EL AYUDANTE.—Se comportó con gran nobleza. Dueña de sí. Segura. Tremenda en su desdén altivo.

EL JEFE.—No le pedía esos detalles. Según se aprecia, le impresionó María Garcés.

EL AYUDANTE.—Fue un enemigo nuestro.

EL JEFE.—¿Y esto le impide más consideraciones?

EL AYUDANTE.—Desde luego. Si las tuviera, no pasaría de ser un vacilante o un endeble. Rasgos incompatibles con nuestra condición.

EL JEFE.—¿Es que además del uniforme y de la disciplina no quedan otras cosas?

EL AYUDANTE.—Sí. Quedan.

EL JEFE.—Siga.

EL AYUDANTE.—Queda el coraje.

EL JEFE.—¿Y nunca falta?

EL AYUDANTE.—Entonces ya no queda nada.

EL JEFE.—Para usted una persona no es más que su coraje. . .

EL AYUDANTE.—Me limito a decir que un uniforme sin coraje dentro, se diferencia poco de un fantoche.

EL JEFE.—No me contesta. Parece estar de acuerdo con el Delegado.

EL AYUDANTE.—(*Sorprendido*). ¿En qué?

EL JEFE.—En sus ambigüedades.

EL AYUDANTE.—¿Coincidimos? Francamente me extraña. El señor Delegado no es más que un civil; un paisano. . .

EL JEFE.—Los desprecia.

EL AYUDANTE.—No. Los pongo en su lugar. Incluso pueden permitirse el lujo de los sentimientos. Nosotros, no.

EL JEFE.—Está demasiado seguro.

EL AYUDANTE.—Si mi sinceridad no le importuna, permítame decirle que admiré su manera de llevar el caso María Garcés. Y esto porque cualquiera, en su lugar, pudo sufrir de dudas o remordimientos. . . Usted cumplió. Ni más ni menos. Y no era fácil mostrarse indiferente después de haber atribuido a María Garcés delitos que nunca cometió.

EL JEFE.—¿Es un reproche?

EL AYUDANTE.—Al contrario. Elogio su dureza. La necesaria falta de sentimientos que usted muestra.

EL JEFE.—Recuerde que María Garcés participó en acciones condenables.

EL AYUDANTE.—Desde luego.

EL JEFE.—¿Entonces?

EL AYUDANTE.—(*Desconcertado*). Entonces. . .

EL JEFE.—Sí. Entonces cometió delitos.

EL AYUDANTE.—Comprendo. Hubiera sido injusto acusarla de nada. Aunque quizá los cometió para tranquilizar conciencias.

EL JEFE.—¿Qué está diciendo?

EL AYUDANTE.—La verdad. Me pareció un ser muy especial. Tal vez temió que se viniera al suelo la inquebrantable indiferencia del consejo de guerra, o la de usted. . .

EL JEFE.—¿Lo piensa en realidad?

EL AYUDANTE.—¿Qué duda cabe? Los humanos suelen ser muy complejos, de ahí que nunca sepamos qué les mueve. Por ello, hasta parece inadecuado tenerlos por culpables o cosa semejante. Esa palabra que los califica, difícilmente dice lo que son. Siempre son mucho más. O diferentes. Esto me ocurre con María Garcés. ¿Quién conoce la auténtica razón que la llevó a desempeñar su personaje? ¿Usted la sabe? (*Un silencio*). Ni usted ni nadie. Tal vez ni ella.

EL JEFE.—Traígame los informes. Debo hacer el balance de la situación.
Se cuadra el Ayudante. Sale por la izquierda.

EL JEFE.—(*Se acerca a la ventana*). M. G. M. G. María Garcés. María Garcés. . . (*Queda consigo. Suena el teléfono. Se pone al habla*). A sus órdenes mi general. (*Un silencio*). No se oye bien. (*Silencio*). Sí. Sí. Ahora le entiendo. (*Largo silencio. Sobresaltándose*). ¿Cómo? (*Un tiempo*). Sí. Le oigo. Fue mi sorpresa. Tenga usted en cuenta. . . (*Pausa breve*). Perdóne. No objeto nada. (*Silencio*). Ya sé que no puedo objetar. Y a usted menos. (*Largo silencio*). Yo lo hice todo por la causa. . . (*Silencio*). ¿Mal? ¿Que lo hice mal? (*Silencio*). Disculpe. Comprendo que sigo haciéndolo mal cuando respondo así. Es que no me habitúo a la idea. . . No puedo comprender que me llame culpable. (*Silencio*). ¿María Garcés? (*Silencio*). Desde luego. Ella también tuvo que habituarse a ser culpable. . . (*Silencio*). Sí, una mala idea mía. (*Silencio*). Sin duda. Recrudescieron los atentados. (*Silencio*). Convengo en que fue una idea propia. Completamente mía, pero factible. . . (*Silencio breve*). Quiero decir que nunca hubiera podido efectuarla sin el consentimiento de mis jefes. (*Silencio breve*). No es insolencia: La operación fue refrendada por la superioridad. En las altas esferas tuvo muy buena acogida. Usted me lo comunicó. (*Silencio*). Excúsemme. (*Breve silencio*). Le pido nuevamente que me excuse. . . Mi general. Mi general. . . (*Convencido de que su interlocutor interrumpió el diálogo, cuelga el auricular. Se sienta, la mirada ausente. Largo silencio*).
Entra el Delegado por la izquierda.

EL DELEGADO.—Te dejo. Debo irme.

EL JEFE.—(*Abstraido*). ¿A dónde?

EL DELEGADO.—A los lugares afectados. Iniciaré una encuesta.

EL JEFE.—(*Recobrándose*). ¿Para qué? Si ya no es necesaria. . .

EL DELEGADO.—¿Cómo es eso?

EL JEFE.—Tu indagación resulta completamente inútil. (*Se levanta*).

EL DELEGADO.—Muy seguro parecés. . .

EL JEFE.—Vas a Cordés y Orpina.

EL DELEGADO.—(*Sorprendido*). ¿Cómo lo sabes?

EL JEFE.—No siempre has de ser tú el primero. Quieres verificar con quién estuvo en trato mi ayudante cuando viajó hace un mes. Pues bien; para que veas: son dos los sospechosos. Se llaman Juan Hernández y Francisco Avilés. Tienen una herrería en Cordes. Ayer confirmó todas las referencias. (*El Delegado mira hacia la puerta de la izquierda*). No te preocupes. Mi ayudante quedó bajo "discreta" vigilancia. Desde hace tiempo que sospecho. Supongo que inventó las cartas para que lo creyéramos amenazado. Si llegara, mantén la calma. Domínate.

EL DELEGADO.—De todos modos debo de ir a Cordes.

EL JEFE.—No. Te quedas.

EL DELEGADO.—¿Quién eres tú para impedírmelo?

EL JEFE.—Hay orden de la superioridad. El que se va soy yo.

EL DELEGADO.—¿A dónde?

EL JEFE.—Quedaré disponible. Y espero que no sea un pretexto para cosas peores. Me temo que sospechen también de mí.

EL DELEGADO.—¡Es imposible! Resultaría inexplicable. . .

EL JEFE.—Al contrario. Está completamente justificado. Puesto que yo propuse las medidas represivas, soy culpable del movimiento sedicioso que desencadenaron. Alguien ha de caer. La superioridad no admite errores. Y considera error todo aquello que no conduce a un fin satisfactorio, pero imprevisible. Ante la superioridad yo cometí el error más grave, porque fue compartido por todos nuestros jefes. La cuerda, como siempre, debe romperse por lo más delgado. . . Aunque me queda un pequeño consuelo.

EL DELEGADO.—No veo cuál.

EL JEFE.—Que en esta enorme rueda de superiores y subordinados nadie se libra. Todos, tarde o temprano, serán culpables. Si es que no lo hemos sido siempre. . . (*Cambia*). Despidete de un muerto. Debo de presentarme al cuartel general. En tanto llegue mi reemplazante, tú te harás cargo del asunto. Por lo visto, tuvieron prisa de convertirme en víctima. Tú sabes que gracias a sus víctimas, muchos conservan la cabeza sobre los hombros. Hasta que un día la pierden. . ., también por obra de sus víctimas.

Un silencio. Entra el Ayudante.

EL AYUDANTE.—Aquí están los informes últimos. (*Los entrega*). Acaban de comunicar que en Cordes cayeron dos sujetos. Se llaman Juan Hernández y Francisco Avilés. Tienen una herrería. Hay evidencias ciertas de que son los culpables. (*Un silencio*). En la herrería preparaban los artefactos explosivos. (*Al Jefe*). ¿Estima conveniente que traigan a los sospechosos?

EL JEFE.—Sí. Cuanto antes. Hemos de interrogarlos. (*Se cuadra el Ayudante y sale. Largo silencio*). Un sospechoso entrega sospechosos. . . La trama se reanuda. Procede con cautela. Los enemigos, como has comprobado, también tienen poder de transformarnos en culpables. *El Delegado empieza a pasear nerviosamente. Se escucha una explosión lejana. El Delegado detiene sus pasos. Mira al Jefe. Reinicia su paseo. Suena el teléfono. El Delegado se para. ¿Teme acercarse? El teléfono suena sin cesar.*

TELON

Fin de la obra. . .

Febrero, 1964.